

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8607

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Sábado 5 de Julio de 1890.

ECOS DE MADRID.

4 de Julio de 1890.

La epidemia que entristece los siempre alegres horizontes de la fértil y hermosa comarca valenciana, no solo no acentúa sus estragos, sino que disminuye en intensidad y todo hace creer que las precauciones que se han tomado extinguirán los focos que existen todavía allí donde aparecen las más preciosas flores y los más sabrosos frutos.

La salud en el resto de la Península es excelente y en Madrid, á 3 de Julio, época en la que de ordinario nos achicharra el calor, se disfruta de una temperatura deliciosa. El cielo está despejado, sopla una fresca brisa y por las noches podemos hacernos la ilusión de que tenemos el mar á las puertas de Madrid.

Otros años por este tiempo los que no han emprendido el viaje veraniego de rigor preparan el equipage y se disponen á llenar los balnearios, las playas españolas, las playas fronterizas ó los agrestes y pintorescos valles pirenaicos. Hoy los más aficionados á cambiar de horizontes, se muestran indecisos, meditan y puede asegurarse que como se estinga por completo la epidemia, y cese en absoluto la alarma, las dos terceras partes de los habitantes de Madrid que acostumbran á veranear se quedarán en sus lares.

Mas aun que el cólera, inspira miedo el prójimo bajo la forma de delegado rural de la autoridad. Los que viajaron en 1885 recuerdan las amarguras que pasaron, las vejaciones que sufrieron y no quieren exponerse á ser víctimas, de algo que aunque inconscientemente resulta más inhumano que la misma epidemia.

Y no hay que culpar solo á los alcaldes de monterilla de nuestra amada patria, á los inspectores de las estaciones de los ferrocarriles españoles. Nuestros muy amados vecinos de Francia y Portugal extremaron el rigor, demostrando todos que no solo el amor sino hasta el interés en forma de dinero cesa cuando la imaginación hace que el egoísmo y la barbarie vean peligros.

Los lectores habrán visto en los periódicos un telegrama de París refiriendo que uno de los más importantes diarios de aquella culta capital pide á su gobierno que suspenda las corridas de toros que en ella se celebran para que el circo tauromáquico á donde acuden los españoles que allí residen no se convierta en un foco epidémico. Es hasta donde puede llegar el espíritu de oposición á la fiesta española, porque no otro móvil puede atribuirse al periódico á que aludo.

En Portugal tuvo un cólico un español y acto continuo se averiguó que había recibido una carta de España. Para sus convecinos no hubo duda: la epístola había llevado el virus colérico y si no pasó de cólico sin duda se debió á que el clima portugués atenuó su fuerza. De esta suposición á suprimir hasta el cambio de correspondencia con nuestro país, no hay más que un momento de debilidad, de egoísmo y de estupidez de un ministro ó

de un gobernante. El miedo por una parte y por otra la falta de cultura y de caridad: pueden causar á los viajeros molestias siempre, y á veces conflictos y enfermedades de funesto desenlace.

Una familia se hospeda en un hotel y por desdicha uno de sus individuos sufre una indigestión. Esto que en otras ocasiones hasta pasa desapercibido, bajo la influencia del miedo que domina, produce una gran alarma.

La misma persona que padece la indisposición se oculta, se recata. Pero los demás huéspedes se aperiben y hablan de partir inmediatamente. El dueño del hotel no tiene más remedio que despedir á la familia acongojada y después fumigar el cuarto, picar las paredes. Nadie recuerda en aquellos momentos que puede verse en el mismo caso. Todos se vuelven contra el desdichado á quien de nada le sirve el dinero, si es rico; ni su angustiosa situación, si por efecto de la falta de caridad se vé obligado á partir enfermo con la seguridad de que no le admitirán en ninguna parte á no ser en un hospital ó en un lazareto.

Lo que hace poco en Madrid ocurrió es una muestra de lo que espera á los viajeros si la alarma no cesa. Era un pobre jornalero que sintiéndose enfermo dijo en su casa: *Creo que me ha dado el cólera*. Voy á la casa de socorro á que el médico me vea. El médico le examinó y le dijo que lo que tenía era una calentura gástrica de poca importancia. Al volver el enfermo á su hogar los vecinos de su casa le cerraron el paso, le obligaron á alejarse inmediatamente y ante el temor de que las bárbaras amenazas de que era objeto se realizasen tuvo que refugiarse en un hospital.

Estas y otras consideraciones hacen que las familias de Madrid que acostumbran á veranear se hayan decidido á quedarse en la corte, no solo hasta que se estinga el microbio del cólera, sino el microbio de la barbarie; el del miedo.

Julio Nombela.

EL TRATADO ANGLO-ALEMAN

Como tanto se ha hablado y se habla aun, con motivo del nuevo tratado anglo-alemán, en el asunto de la isla Heligoland, creemos del caso traducir á continuación las bases sobre que dichas naciones se han puesto de acuerdo:

1.º La esfera de los intereses alemanes en el Africa Oriental, está limitada al Sur por una línea que arranca de la embocadura del Rokura, al Oeste del Nyasa hasta el Sur de Tanganyka, y al Norte por otra línea, que parte de la orilla Este del Victoria Nyanza, hasta los Estados del Congo.

El tránsito de mercancías inglesas y alemanas será libre de todo derecho ó impuesto para ambos territorios.

El culto, la instrucción pública y las misiones de ambos Estados, continuarán siendo los mismos.

Los naturales de los dos países tendrán en ambos los mismos derechos.

Inglaterra influirá con todo su poder para decidir al sultán que ceda á Alemania los territorios que tiene arrendados á la Sociedad alemana del Este africano, pagando Alemania una indemnización por los derechos de aduana al sultán.

2.º El límite de las esferas anglo-alemanas al Sudoeste es el mismo que en los tratados anteriores.

3.º La frontera entre el país alemán de Tago y la colonia inglesa de la Corte d'Or, según las proposiciones alemanas, quedará formada por una línea que corta en dos el país de Krepí, cuya parte Norte pertenece á Alemania y el Sur á Inglaterra.

4.º Alemania cede sus derechos sobre Hita y Somali al Norte de la esfera de los intereses ingleses.

5.º Cede también á Inglaterra el protectorado sobre Zanzibar menos sus costas.

6.º Inglaterra, siempre que así lo acuerde el parlamento, cede al emperador de Alemania la isla de Heligoland.

Más adelante será fijado un plazo para establecer el servicio militar y leyes aduaneras de Alemania.

Los habitantes de la isla tendrán derecho á optar por la nacionalidad inglesa durante un plazo que se determinará.

7.º Todas las demás cuestiones pendientes se arreglarán oportunamente de una manera amistosa.

8.º A la ratificación del presente tratado las naciones contratantes se comprometen á no sostener ninguna expedición que pueda contrarrestar el tratado actual.

Variedades.

ELEGIA

Echados á la hora de la siesta sobre las pizarras de la plaza del pueblo, y metidos en la mancha de sombra que proyectan en el suelo los árboles, están, con los libros de la escuela entre las manos, hasta seis alegres muchachos, que más tienen el oído puesto en la nota incansable de la cigarra que arriba entona la romanza del estío, que fijos sus ojos en las respectivas lecciones; como que ninguno de ellos se distingue por su amor á los libros ni á la escuela, y sí, en cambio, sabe el menos diestro soplar á la perfección una rana con un delgado canuto de avena, y con igual maestría derriba el fruto de un árbol, á pedradas, como sube al más corpulento plamo por un nido.

El silencio en todo el pueblo es absoluto y el sol tiende bandas de fuego en las calles, que, todos en la misma dirección muestran la sombra que las tejas arrojan al suelo á guisa de punteado de encaje.

Por el aire cruza alguna semilla aérea de esas de redonda forma de erizo rodeadas de hilos salientes, y piérdese de vista ó aparece de nuevo según que se interna en la sombra ó sale á la luz dando en este caso vueltas de burbuja y nadando en el fuego del rayo del sol.

—Dieguete—dice de pronto Ginés, incorporando medio cuerpo del suelo, donde estuvo con las manos cruzadas bajo el cerebro oyendo el rumor de pájaros nuevos, ¿vaya que no te atreves á que hagamos una cosa?

—¿Cuál?—contestaron todos á la vez, incorporando también los bustos como movidos por un resorte.

Anunciar á un malicioso chiquillo una revelación, es ponerlo en tan viva curiosidad como prometer decir un secreto á una mujer.

—¿Cuál, di,—insistió el interpelado, á quien, además de incorporarse, el interés le hizo volverse por completo hacia Ginés.

—Que vayamos á pasar el puente de los Ocho Ojos.

—¡Uhl!...—rezó el llamado Dieguito, indicando con el tono lo lejos que debía de estar el sitio.

—¿No te atreves?

—Yo no.

—Pues yo sí—saltó de pronto un tercero, que se plantó en pie de un solo brinco.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo,—fueron diciendo y alzándose á la vez los demás rapaces hasta no quedar sentado más que el que había formulado su negativa.

—Dieguete no quiere venir, porque no es capaz de pasar el puente—añadió uno, tratando de herir el amor propio del muchacho.

¡Buena cosa habían ido á decirle! Aunque el calor teniale como amodorrado, él moviase de continuo como una burbuja, saltaba, corría, trepaba con agilidad suprema á los árboles, escalaba las tápias de los huertos, y era, en fin, el general en jefe de la patrulla.

Poseía, además, clara y despierta inteligencia, y nadie como él organizaba los juegos de contrabando y las raterías que llevaba á la práctica aquel ejército invasor.

Bien es verdad que aparte de esto, el muchacho tenía un corazón excelente, y no hubo jamás criatura alguna que más culto rindiera al excesivo cariño de su madre, pero la travesura podía más que él, y en diciendo á fraguar una ratería, era lo que se llama un muchacho al agua.

No fue menester más para que Dieguete sacudiera su pereza como sacude un pájaro la lluvia y se dispusiera, al igual de sus compañeros, á ir al peligroso puente, atravesando antes los diez del acueducto árabe que le antecedian, ninguno de ellos de exposición.

Colorados los carrillos como cerezas y con la alegría del ave que se emancipa de la jaula acordaron la consabida «rabona», y salieron de la población por el ludo del cementerio, pasando antes el molino de agua, donde se detuvieron para ver las crines de espuma que formaba, alzando bronco ruido, la represa; tomaron la vereda que hacia pintoresco zigzag entre las huertas, y dieron en el primer puente, que sobre un solo ojo enseñaba su canca de argamasas.

A modo de rosario de hormigas enfiláronse extendiendo los brazos como balancines, y uno tras otro, sin la menor dificultad, pusieron los pies en la otra punta.

Parecian cosa de juego los diez puentes; pero el de los once ojos era lo que se dice una gran altura, un girón de catedral suspendido milagrosamente sobre los abismos.

El musgo habiale forrado de un resbaladizo terciopelo, y la planicie que ofrecia al lado del agua, por donde tendría que pasarse, era escasamente del ancho de una mano.

Ante esta cresta de Himalaya donde parecía tener el vértigo su residencia, llegó la alegre caravana bajo un sol que derretía los pedernales, no sin antes haber perseguido á los lagartos y robado las ciruelas de un huerto á orillas del camino.

En la punta del largo puente paráronse á descansar breves instantes y la emprendieron á mordiscos con las manzanas de que también habían hecho provisiones.

El campo á aquella hora parecía un inmenso tapiz de fuego, una sábana radiante donde al caer los ojos, como en un vivo esmalte dorado, sentábase así como millares de puntas de alfileras en las retinas...

A lo lejos, las altas montañas, destacaban su perfil en un cielo de llamas, en un fondo de horno, por donde al cruzar irradiaban las zumbadoras moscas de plata.

Sobre el agua de los remansos, deslizában-